

EL OBISPO
DE LUGO

JORNADA
DE LA
VIDA CONSAGRADA 2018

JUBILEO EN NUESTRA SEÑORA
DE O CORPIÑO

3 de febrero de 2018



Queridas hermanas, queridos hermanos,

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por la señal de la Santa Cruz *las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya* (1Jn 2, 8), ha pasado lo antiguo y ha nacido lo nuevo. Por la cruz ha sido vencido el pecado, por el que estábamos *sin esperanza y sin Dios en el mundo* (Ef 2, 12), lejos del Padre y Creador nuestro; se ha derrotado el odio y la enemistad entre los hombres; quedó abolida la antigua soberbia, que, como una raíz de mentira en el fondo del alma, ha sido origen de tanto mal y sufrimiento, de tanta muerte, desde Adán y Eva.

Y así un día, en esta colina, ante la tempestad que agita y amenaza la vida, la Virgen María dirá al niño asustado que todos somos: haz la señal de la cruz.

Ella sabe bien que el grano caído en tierra, muerto por nosotros, ha resucitado lleno de vida nueva, que en Él, en su cuerpo y alma, habita toda la plenitud de la divinidad, de la

vida y el amor eterno del Espíritu Santo. Y Ella participa mejor que nadie en la victoria de su Hijo, lograda en nombre nuestro, para compartir con todos.

Ahora nosotros, en este Santuario, acudimos a la Virgen María en nuestros dolores y dificultades, en primer lugar los del alma, los surgidos del pecado, ciertos de que Ella, la Madre de nuestro Señor, puede vencer cualquier insidia del mal, librarnos de todo peligro.

Acudimos como hijos a nuestra Madre, confiados en que sabrá abrazar nuestra miseria, auscultar lo íntimo de nuestro corazón, hacerse nuestra intercesora; y sabemos que no estamos ya solos, que podemos fiarnos de su compañía y de su amparo todos los días.

Esta nueva familiaridad, esta cercanía es el fruto de la Cruz del Señor Jesucristo, que murió por nuestros pecados, que nos mantenían aislados y solos, insatisfechos con la vida y con nosotros mismos, enemigos unos de otros. En la Cruz nos reveló el corazón del Padre, su voluntad que ya no llegábamos a aceptar: el amor que lo entrega todo por nosotros, con tal alegría de poder abrazar al hijo pródigo que resuena el cielo entero. Es como una palabra dirigida por el Señor a cada uno, que devuel-

ve el ánimo y da calor al corazón: *levantaos, alad la cabeza, se acerca vuestra liberación* (Lc 21, 28); lo antiguo ha pasado, hay una vida nueva, una esperanza grande.

La Santísima Virgen María quiso aparecerse aquí, en este lugar de O Corpiño, para que se enraizase en esta tierra la certeza de la fe, nuestra confianza en Dios, en el amor de su Hijo crucificado por nosotros, en el gran misterio de la Iglesia, que es instrumento de gracia y perdón, de maternidad —en María— y de fraternidad.

Pero esta colina recibe su nombre de O Corpiño, el de un santo ermitaño, consagrado a Dios, a pedirle y a ofrecerse a Él para que se realice su voluntad buena en la tierra como en el cielo.

La Providencia divina lo honró enviando a la Virgen María, que haría resonar para todos el significado de aquella vida consagrada: por la señal de la Santa Cruz, el antiguo pecado, el enemigo tentador ha sido vencido, y brilla ya lo nuevo, una vida restaurada, animada y guiada por la Palabra del Hijo y por su Espíritu de caridad.

En el pequeño ermitaño alentaba un espíritu grande, hecho de fe, de amor entregado,



libre ya de codicia, de violencia y desprecio de los hermanos. Brillaba la vida del nuevo Pueblo de Dios, en el que todos compartimos la misma dignidad de hijos, obedecemos a un mismo Señor, tenemos la misma ley de caridad, estamos llamados a un mismo destino: a la gloria de la santidad, que es participar en la perfección de la vida divina, en la perfección del amor.

Podemos ver hoy a aquel santo monje como representante de todas las personas de vida consagrada, cuya Jornada celebra la Iglesia universal con ocasión de la fiesta de la Presentación del Señor, contemplando precisamente a la Virgen María que presenta y consagra a su Hijo al Padre, y con Él a todos los que hemos sido bautizados en su muerte y resurrección.

Enalteciendo O Corpiño, la Virgen nos invita también a volver la mirada hacia los llamados a especial consagración, que en medio de la Iglesia son para nosotros un testimonio vivo y perenne de esta novedad de vida, de la fe y el amor evangélicos. Sus tres votos o promesas —pobreza, castidad y obediencia— son manifestación de una justicia y una santidad que ya existe, que es posible en este mundo, porque nace de la Santa Cruz, del Señor Jesús que derramó sobre los suyos el Espíritu del Amor.



Los que hemos sido bautizados podemos recordar así la grandeza de nuestra vocación cristiana. No vivimos ya según criterios de este mundo, gobernados por la codicia del dinero, la soberbia y la violencia en las relaciones con el prójimo. Sostenidos y confiados en la gracia de Dios, caminamos fielmente en la compañía de la Iglesia, donde aprendemos a vivir todas las cosas con el criterio nuevo de la caridad, para poder hacer justicia a toda persona, vivir en la verdad cualquier circunstancia. Seguimos *un mandamiento nuevo ... pues las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya*; y brilla en primer lugar y ante todo en la Santísima Virgen María, pero también en el ermitaño y las personas de vida consagrada.

Demos gracias esta Jornada por la presencia y la entrega personal de quienes hacen esta consagración, porque es un don muy grande de Dios para todos nosotros. Nos recuerdan la belleza de nuestra vocación, de nuestra vida; nos dan ejemplo y enseñanza, nos acompañan en el camino. Y al ver cómo florece, en cuantos modos se despliega en ellos la fecundidad del amor divino, del árbol de la Cruz, se refuerza y llena de esperanza nuestra fe en Dios.

Nuestra Señora, la Virgen María, es toda ella obediente, tiene en su Hijo su verdadero tesoro

y toda su riqueza, es Virgen aun siendo Madre. En ella no se encuentra pecado alguno, mancha ni arruga, sino que es espléndida y gloriosa ante Dios. En Santa María brilla la gracia generada en la Cruz, se realizan las promesas de vida y de gloria. Ella vence al antiguo enemigo de la naturaleza humana, y es abogada nuestra.

Bajo la Cruz recibió de su Hijo ser también Madre de todos nosotros. Así es el don del Señor, un amor inmenso, divino, y al mismo tiempo plenamente humano, en el que llegamos a ser hijos de Dios y hermanos, una fraternidad universal, sin límites, sin discriminación por razón de lengua, sexo, nación o situación social. Todos podemos acudir a los pies de la Virgen, que es Madre para todos.

Hoy le pedimos especialmente por las personas de vida consagrada. Que sepamos estimar su presencia y nunca sean forasteras entre nosotros, que su entrega sea fecunda, que crezcan siempre en fidelidad y amor, en alegría.

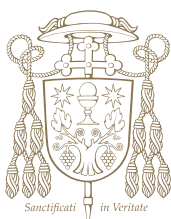
Se lo pedimos a la Virgen, a la que presentamos también las necesidades de nuestra vida y de nuestros seres queridos. Que ella haga brillar la luz de la caridad en nuestros corazones, en nuestras familias y parroquias. Que nos ampare siempre, nos enseñe a decir que

sí a la voluntad del Señor, a la vocación de Dios para cada uno, también cuando sea a una especial consagración o al ministerio sacerdotal.

Sabemos que podemos confiar en nuestra Madre, la Virgen María. Y que siempre nos responderá: haced la señal de la cruz; porque en la Santa Cruz, en su Hijo que nos ama hasta el final, encontraremos todo el bien que necesitamos y deseamos.

+ Alfonso, Obispo de Lugo





O BISPO

DE LUGO

XORNADA
DA
VIDA CONSAGRADA 2018

XUBILEO EN NOSA SEÑORA
DE O CORPIÑO

3 de febreiro de 2018



Queridas irmás, queridos irmáns,

No nome do Pai, do Fillo e do Espírito Santo, polo sinal da Santa Cruz as tebras pasan e a luz verdadeira brilla xa (1Xn 2, 8), pasou o antigo e naceu o novo. Pola cruz foi vencido o pecado, polo que estabamos sen esperanza e sen Deus no mundo (Ef 2, 12), lonxe do Pai e Creador noso; derrotouse o odio e a inimizade entre os homes; quedou abolida a antiga soberbia, que, como unha raíz de mentira no fondo da alma, foi orixe de tanto mal e sufrimento, de tanta morte, desde Adán e Eva.

E así un día, neste outeiro, ante a tempestade que axita e ameaza a vida, a Virxe María dirá ao neno asustado que todos somos: fai o sinal da cruz.

Ela sabe ben que o gran caído en terra, morto por nós, resucitou cheo de vida nova, que nel, no seu corpo e alma, habita toda a plenitude da divindade, da vida e o amor eterno do Espí-

rito Santo. E Ela participa mellor que ninguén na vitoria do seu Fillo, lograda en nome noso, para compartir con todos.

Agora nós, neste Santuario, acudimos á Virxe María nas nosas dores e dificultades, en primeiro lugar os da alma, os xurdidos do pecado, certos de que Ela, a Nai do noso Señor, pode vencer calquera insidia do mal, librárnos de todo perigo.

Acudimos como fillos á nosa Nai, confiados en que saberá abrazar a nosa miseria, auscultar o íntimo do noso corazón, facerse a nosa intercesora; e sabemos que non estamos xa sós, que podemos fiarnos da súa compañía e do seu amparo todos os días.

Esta nova familiaridade, esta proximidade é o froito da Cruz do Señor Xesucristo, que morreu polos nosos pecados, que nos mantiñan illados e sós, insatisfeitos coa vida e connosco mesmos, inimigos uns doutros. Na Cruz revelounos o corazón do Pai, a súa vontade que xa non chegabamos a aceptar: o amor que o entrega todo por nós, con tal alegría de poder abrazar ao fillo pródigo que resoa o ceo enteiro. É como unha palabra dirixida polo Señor a cada un, que devolve o ánimo e dá calor ao corazón: levantádevos, alzade

a cabeza, achégase a vosa liberación (Lc 21, 28); o antigo pasou, hai unha vida nova, unha esperanza grande.

A Santísima Virxe María quixo aparecerse aquí, neste lugar de O Corpiño, para que se enraizase nesta terra a certeza da fe, a nosa confianza en Deus, no amor do seu Fillo crucificado por nós, no gran misterio da Igrexa, que é instrumento de graza e perdón, de maternidade —en María— e de fraternidade.

Pero este outeiro recibe o seu nome de O Corpiño, o dun santo ermitán, consagrado a Deus, a pedirlle e a ofrecerse a El para que se realice a súa vontade boa na terra como no ceo.

A Providencia divina honrouno enviando á Virxe María, que faría resoar para todos o significado daquela vida consagrada: polo sinal da Santa Cruz, o antigo pecado, o inimigo tentador foi vencido, e brilla xa o novo, unha vida restaurada, animada e guiada pola Palabra do Fillo e polo seu Espírito de caridade.

No pequeno ermitán alentaba un espírito grande, feito de fe, de amor entregado, libre xa de cobiza, de violencia e desprezo dos irmáns. Brillaba a vida do novo Pobo de Deus, no que todos compartimos a mesma dignidade de



fillos, obedecemos a un mesmo Señor, temos a mesma lei de caridade, estamos chamados a un mesmo destino: á gloria da santidad, que é participar na perfección da vida divina, na perfección do amor.

Podemos ver hoxe a aquel santo monxe como representante de todas as persoas de vida consagrada, cuxa Xornada celebra a Igrexa universal con ocasión da festa da Presentación do Señor, contemplando precisamente á Virxe María que presenta e consagra ao seu Fillo ao Pai, e con El a todos os que fomos bautizados na súa morte e resurrección.

Enaltecendo O Corpiño, a Virxe convidanos tamén a volver a mirada cara aos chamados a especial consagración, que no medio da Igrexa son para nós un testemuño vivo e perenne desta novidade de vida, da fe e o amor evanxélicos. Os seus tres votos ou promesas —pobreza, castidade e obediencia— son manifestación dunha xustiza e unha santidad que xa existe, que é posible neste mundo, porque nace da Santa Cruz, do Señor Xesús que derramou sobre os seus o Espírito do Amor.

Os que fomos bautizados podemos lembrar así a grandeza da nosa vocación cristiá. Non vivimos xa segundo criterios deste mundo,



governados pola cobiza do diñeiro, a soberbia e a violencia nas relacións co próximo. Sostidos e confiados na graza de Deus, camiñamos fielmente na compañía da Igrexa, onde aprendemos a vivir todas as cousas co criterio novo da caridade, para poder facer xustiza a toda persoa, vivir na verdade calquera circunstancia. Seguimos un mandamento novo ... pois as tebras pasan e a luz verdadeira brilla xa; e brilla en primeiro lugar e ante todo na Santísima Virxe María, pero tamén no ermitán e as persoas de vida consagrada.

Deamos grazas esta Xornada pola presenza e a entrega persoal de quen fai esta consagración, porque é un don moi grande de Deus para todos nós. Lémbrennos a beleza da nosa vocación, da nosa vida; dannos exemplo e ensino, acompañannos no camiño. E ao ver como florece, en cantos modos se despreza neles a fecundidade do amor divino, da árbore da Cruz, refórzase e énchese de esperanza a nosa fe en Deus.

A nosa Señora, a Virxe María, é toda ela obediante, ten no seu Fillo o seu verdadeiro tesouro e toda a súa riqueza, é Virxe aínda sendo Nai. Nela non se atopa pecado algún, mancha nin engurra, senón que é espléndida e gloriosa

ante Deus. En Santa María brilla a graza xerada na Cruz, realízanse as promesas de vida e de gloria. Ela vence ao antigo inimigo da natureza humana, e é avogada nosa.

Baixo a Cruz recibiu do seu Fillo ser tamén Nai de todos nós. Así é o don do Señor, un amor inmenso, divino, e ao mesmo tempo plenamente humano, no que chegamos a ser fillos de Deus e irmáns, unha fraternidade universal, sen límites, sen discriminación por razón de lingua, sexo, nación ou situación social. Todos podemos acudir aos pés da Virxe, que é Nai para todos.

Hoxe pedímoslle especialmente polas persoas de vida consagrada. Que saibamos estimar a súa presenza e nunca sexan forasteiras entre nós, que a súa entrega sexa fecunda, que crezan sempre en fidelidade e amor, en alegría.

Pedímosllo á Virxe, á que presentamos tamén as necesidades da nosa vida e dos nosos seres queridos. Que ela faga brillar a luz da caridade nos nosos corazóns, nas nosas familias e parroquias. Que nos ampare sempre, nós ensine a dicir que si á vontade do Señor, á vocación de Deus para cada un, tamén cando sexa a unha especial consagración ou ao ministerio sacerdotal.

Sabemos que podemos confiar na nosa Nai, a Virxe María. E que sempre nos responderá: facede o sinal da cruz; porque na Santa Cruz, no seu Fillo que nos ama ata o final, atoparemos todo o ben que necesitamos e desexamos.

+ Alfonso, Bispo de Lugo

